

Martes 26 de Agosto de 1918.

SEGUNDA EDICIÓN

Hombres

faltos de energías, nerviosos, musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, etc., viejos sin años redoblarán las fuerzas de la juventud, con el VIGOR SEXUAL KOCH, de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles estropean el estómago y no producen efecto, y al ser fuertes matan la salud. EL VIGOR SEXUAL KOCH, se vende en Valencia: boticas San Antonio, Mercado, 71; Gamir, San Fernando, 34; y otras. Para fijar el grado de la impotencia, pídale gratis el Gráfico Sexual, en la Clínica San Vicente, 102, 1.º

LO DEL DÍA

Una nota más y noventa barcos menos

De tal modo insisten ciertos periódicos acerca del carácter severo y adusto de la Nota a Alemania, que nuestro escepticismo justifica a punto de fracaso. ¿Somos ya un pueblo o nos aferramos de tal modo al biberón que no hay torpedos que nos lo arranquen de la boca? ¿Nos ponemos en pie o continuamos en el apacible regazo de esta poltrona neutralidad de idiotas? ¿Devolvemos golpe por golpe o nos preparamos para el desmembramiento del papel de mendigo que hará España a la puerta de la Conferencia de la Paz, con el brazo en cabestrillo, una pata de orlopedia y un vendaje sobre esta cabeza, atestada de chichones y desmantelada de ideas?

Este Gobierno—dicen los optimistas—tiene aquella plena autoridad indispensable para representar los matices todos de la opinión. Y cuando sobre materia tan delicada como esta de una reclamación diplomática en la que se ventilan agravios a nuestros intereses, injurias a nuestro honor y agresiones a nuestros compatriotas, recae un acuerdo unánime, no se debe sistemáticamente negar trascendencia al hecho. Estamos en vísperas de un acontecimiento que alterará los caracteres de nuestra posición internacional. Hemos comenzado a hablar a Alemania sin vanidad ni enfado, pero con resolución; se han dado las palabras. Ahora hablarán los actos. La Nota no admite la posibilidad de un nuevo ultraje, sin que tenga una réplica nacional.

Y al pasar revista a estas lecturas nos disponemos a la indulgencia por antiguas lenidades que han tenido todo el aspecto de cobardías incomprensibles, de bajezas sin precedente, y nos sentimos acariciados por la esperanza. Tanto hombre fuerte en este Gobierno; tanto caudillo; tanto capitán de partido, deben servir para algo más que para panorama en el banco azul. O sale de ahí algo útil para el país, o desde este Gobierno se va directamente al desastre. O esta plana mayor del monarquismo, o este gran cuartel general del régimen dice: «Aquí está España», o, francamente, confesemos ante el universo nuestra caducidad y nuestro término como pueblo. O ahora se yergue desde el Gobierno el espíritu de ciudadanía, o que se nos extienda a todos una certificación de muertos del alma. ¿No lo entiende así todo el mundo? Seguramente. No. Aun hay periódicos de encogido españolismo que insisten en su disgusto por la pretendida gallardía del Gobierno. Toda medida, que coarte la libertad de Alemania, les molesta; cuanto pueda limitar su acción, contienen sus desafueros, impedir sus aventuras sobre nuestro litoral, encoleriza a los admiradores de «Germania». Y mientras estos tales se manifiestan en términos de disgusto contra el Gobierno, nosotros no ocultamos el nuestro por lo que decía de hacer.

He ahí una neutralidad que no es sino una abundante sientra de torpezas y una provida corteza de amarguras. Nadie se siente contento. Alemania manifiesta su encono contra nosotros destruyendo nuestra flota mercante. Los aliados, muy respetuosamente, es cierto, ponen comentarios a nuestro inverosímil orientalismo. No ha muchos días, periódico tan mesurado en sus juicios como el «Times», de Londres, escribió sobre el modo oficial de cancelar nuestra neutralidad de modo oculto y aun quizás despectivo. Las naciones de lengua española que han roto todo lazo amistoso con Alemania se asombran de que este viejo títan que llegó hasta ellas, y a otro lado del Atlántico inmortalizó el espíritu de su civilización y de sus magníficos heroísmos, haya llegado a tan postizada y enfermiza condición, que ni una le queda para fingir una amenaza. Entre nosotros mismos, los que ofician ante el altar de la neutralidad sin pudor y los que piden la defensa de la vida y de los intereses patrios (que no es lo mismo que declarar la guerra a Alemania), sientan la inquietud de una situación incómoda por indefinida, peligrosa por indecisa. ¿Qué somos?—debemos preguntarnos todavía, cuatro años después de desatado este trágico conflicto.

La respuesta parecería sencilla. Neutrales, mientras los destinos de España no estén en juego. Esto es lo lógico y lo digno. Respectuosos mientras somos respetados. Cuando pueblos minúsculos, naciones extinguidas, razas avariadas y diseminadas por la tierra a través del tiempo, quieren rehacer su historia, recobrar su vida, renacer en el resplandor de libertad que surge de esta inmensa hoguera, nosotros, que tenemos apariencia de nación y alguna costumbre de alenar, aunque con modesto gesto, con los demás vecinos de Europa, no sabemos qué va a ser de nosotros durante la guerra y menos aun después de ella.

¿Nos devolverá a la realidad la Nota del señor Dato? ¿Habrá motivos para agradecer esta diligencia del Gobierno al cabo de tanto tiempo de condenable pereza? ¡Bah!

F. AZZATI.

Compañía general de carbones

— S. A. —
DELEGACIÓN: Lauria, número 3
ALMACÉN: Calle Dr. Candela, Camino Grao.
Hay existencias de Cribado, Todo Uno, Galleta, Menudo y Fragua, de Asturias.

El triunfo de la idea

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos.

Así como el movimiento de los astros obedece a leyes inmutables de la sabia naturaleza, rige igualmente la sociedad humana, el imperio del progreso evolutivo hacia la perfección de la vida, y este constante adelantamiento en los derechos del hombre, no encontrará en el tiempo ni en las costumbres barrera ni dique capaz de impedir su completo desarrollo.

La fuerza de la idea de redención es tan avasalladora, que indubitablemente, inexorablemente, tocará, acaso en día no lejano, su completa victoria, que las víctimas inmoladas en defensa del ideal justiciero, han de encontrar en la historia del mundo su cumplida satisfacción.

Atrásada España, en unos cuantos años, en la marcha mundial hacia la tierra de promisión, por causas que no son del caso en este momento, pero de todos conocidos, viene haciendo tiempo dando visibles muestras de entrar en el concierto de las naciones libres e independientes.

No podíamos sustraernos al impulso de los aires que llenan a pleno pulmón el resto del planeta civilizado, y así vimos el año pasado desfilar ante nuestra vista acontecimientos precursores de una era de luz que acabará con la total y definitiva renovación en la vida pública española.

Y es que las ideas son condensadores de una vitalísima potencia, que darán necesariamente el fruto apetecido.

Válvula abierta al vapor contenido en la vieja política que nos viene desgobernando desde la restauración, fue el movimiento iniciado por las juntas de defensa militares, que hicieron su aparición en 1.º de Junio, fecha gloriosa para nuestra santa causa.

Nervio principal, alma de aquella voz del pueblo, fue la grandiosa figura del coronel Márquez, que a impulsos de sus nobles sentimientos de patriota, insignie, sacrificó en holocausto de la moralidad y de la justicia, su carrera y su porvenir.

Hombre en cuyas manos estuvieron los destinos de España, reusó farse a adoptar medios de extrema violencia, ante la esperanza de implantar, sin cambios bruscos en el régimen estatuido, el imperio de la causa justa.

Batallas horribles debieron pasar por su fuero interno, entre los impulsos de su idea y el exacto cumplimiento del juramento prestado ante la bandera. Reprimió, sin duda, los latidos de su generoso corazón y venció su amor a la disciplina.

Inspiró su enérgica actuación serios temores a los políticos al uso, que veían tronchadas sus ambiciosas miras, ante la figura gigantesca del coronel, y como reptiles que ven amenazada la presa, anidaron en defensa común contra el nuevo adversario. ¡Tiempo tendrían luego para devorarse unos a otros!

Surge en la lucha la sinistra figura de La Cierva, que con su habilidad técnica, se encarga de destruir el ídolo de la masa militar, y siguiendo la práctica jesuítica, no repara en medios para conseguir el fin.

La sombra de Márquez es para él un espectro amenazador, y tiene sus redes artemadamente para aniquilar a su temible enemigo, sin presentar batalla noble y digna.

Sus halagos constantes y repelidos al ejército son las armas de que empieza a hacer uso para captarse las simpatías de la gran familia militar que afincada por los humos del incienso quemado, en su obsequio, no vislumbra siquiera la perfidia que anima al funesto hombre de Mula.

Sutil en el manejo de tan ruines medios, consigue la plena confianza del Ejército, que le da fuerza para inutilizar al coronel, que se ve separado de su empleo en infamante fallo de un tribunal de honor, por sus propios compañeros.

¡Qué amarguras más horribles debió paladear el bravo coronel! ¡Su hacienda y su vida sacrificadas por el ideal de renovación, premiada con la mayor ingratitude que pueda concebirse!

Mas si grande fue su prestigio en las horas tremendas de su encierro en el castillo de Montjuich, resistiendo con serenidad los embates de aquellos memorables días, más se realza aún su personalidad en los momentos que siguieron a su caída.

Su templado corazón no se conmueve ante la adversidad, y más firme y convencido de que su obra no sólo no está terminada, sino que le exige mayores sacrificios, arrostra con el alma inflamada de verdadero y sincero amor a su ideal y lucha y se revuelve contra sus enemigos hasta conseguir la victoria.

Ha sido preciso apurar todo el cajiz de su amargura, para convencerse de que sólo en la idea está el triunfo, y desligado ya de todo compromiso, abraza con toda la fuerza de sus convicciones la causa republicana, única que puede salvar al país de la catástrofe a que la carcoma que corroe el viejo tinglado de la monarquía nos conduce inevitablemente.

A su lado se agruparán los hombres de buena voluntad que suspiran por el bien de la patria, y su ingreso en el campo republicano, significa un avance hacia la hora de la redención.

Abramos nuestros pechos a la esperanza, y poniendo a contribución nuestro esfuerzo, la-

boremos con ardor y sin desmayo, por el triunfo de la idea.

Esta nos trajo hoy un elemento poderoso, cuyas virtudes cívicas nadie puede dudar, pues de haberse tratado de un politicastro lo-grero, hubiera escalado las más altas cumbres en la cosa pública.

PARA «EL PUEBLO»

LOS SUBMARINOS

El miedo a los fantasmas

De Santander han cableografiado al «Times» que el texto de la Nota de España a Alemania es de tonos muy enérgicos, y que se anuncia la incautación de una cantidad de torpedos igual al hundido si persisten los torpederos. Quizá a esto se deba el que la Prensa germano-filipina, no obstante la afirmación rotunda del señor Mauri, vuelva a su clamoroso alarmista, dejando entiendo, como si obedeciese a una consigna terminante, un verdadero alubión de represas contra nosotros, si disgustamos al Gobierno alemán.

Como advierte «El Sol» muy razonadamente, la amenaza más parece una conminación categórica, a la que el Gabinete de notables no puede permanecer indiferente, ya que para nadie es un secreto la filijación y procedencia de determinados periódicos. Por fortuna, no hay posibilidad material de que, caso de decretarse la ruptura de relaciones con Berlín, puedan los alemanes cometerse por el terror, a menos que se organicen en nuestro propio suelo en cuadrillas de saqueadores o en bandas dedicadas a producir explosiones en nuestras fábricas.

Porque si la amenaza consiste en la acción de los submarinos, sólo a los pusilánimes puede asustar. El submarino ha fracasado y así lo reconoce la misma Prensa berlinesa. El submarino no es arma de guerra, sino contra los buques mercantes indefensos. Frente a barcos armados o en combates navales, su inepticia es evidente. Si tan seguro fuera, no hubiesen protestado los periódicos alemanes de que la princesa heredera haya ido en uno desde Heligoland a Wismar con riesgo de su vida ni hubieran llegado a Francia los contingentes norteamericanos.

El miedo a los submarinos es como el miedo a los fantasmas. Por centenares entran los buques en los puertos ingleses y raros son las pérdidas. No ha mucho hacia resaltar la «Revista Económica Financiera» con motivo de uno de los torpederos—que de los buques extranjeros que habían salido para España con mineral para Inglaterra, durante un mes, ni uno sólo fue hundido. Y no hay que decir si importa más a Alemania echar a pique los barcos que llevan mineral a los puertos ingleses, que torpedear aquellos en que viaja un ministro español o conduce cargamento para las necesidades de España.

Pasan de 200 los submarinos que han echado a pique las escuadras aliadas. En estos días ha estado en Brest el presidente de la República francesa, y los periódicos reflejan la admiración de Poincaré por la eficacia de las patrullas de persecución y rebufo de los sumergibles. A bordo de un torpedero asistió a una maniobra emocionante, demostrativa de que los submarinos han fracasado y de que, no sólo no pueden realizar su función ofensiva, sino que su propia presencia es un peligro para su seguridad, aunque naveguen sumergidos, cuando entran en el radio de los barcos-patrullas. Y es que también en esto, como en el frente occidental, han perdido la iniciativa y son los aliados los que mandan.

No creemos al Gobierno tan timorato que se haga eco de las amenazas de la Prensa germano-filipina. Por el contrario, creemos que ese lenguaje retador debe ser contestado con una digna energía en el mantenimiento de la actitud adoptada. Los submarinos sólo pueden causar daños mientras seamos neutrales, pero no el día que podamos artilhar nuestra marina mercante y hacerla navegar en convoy.

Antonio R. de ARAMBURU.

18 de Agosto de 1918.

Jaime Vera

De Madrid llega la triste noticia de la fallecimiento del ilustre doctor Vera.

Hare días que se hablaba de su mal estado de salud, pero no esperábamos que tan pronto perdiese la vida.

Jaime Vera fue sobre todo un hombre integro, generoso y sensible a las injusticias sociales y dolado de un vivo espíritu de ciudadanía.

Enamorado de la ciencia, de una labor copiosa y útil que abarcó diversos ramos del saber. Con estos trabajos alternó sus estudios sociológicos y los especiales que dedicaba a la Medicina, en cuya profesión era figura eminente.

Afiliado al partido socialista, defendió estos ideales en el libro, el periódico y la tribuna. Como médico era quizá el primer menestista español, de un valor científico equivalente al de Cajal.

Compartió con Pablo Iglesias la dirección espiritual del proletariado español.

Su famoso informe ante la comisión de Reformas Sociales bastaría para darle imperecedera preeminencia.

Con clara y profunda visión del porvenir, defendió desde el primer día de la guerra la causa de los aliados y fue siempre partidario de la unión de republicanos y socialistas, cuando nadie pensaba en ella.

Sentimos profundamente la muerte del hombre bueno y sabio, por lo que damos el pésame a la desconsolada familia y al partido socialista español.

Anoche el Comité Regional y la Agrupación y Juventud socialistas expidieron telegramas a la familia del finado.

También lo hizo el ilustre catedrático Andrés Ovejero, hondamente apenado por la muerte del que fue su correligionario y amigo.

Gran mitin en Sagunto

Organizado por la Juventud de Unión Republicana de Sagunto, en la primera quincena de Septiembre se verificará en aquella ciudad un gran mitin en el que, entre otros oradores, tomarán parte los diputados a Cortes, Marcelino Domingo y Félix Azzati.

PARA «EL PUEBLO»

GLOSARIO CORTESANO

La esgrima

Sólo una vez hemos tenido la humorada de batirnos. No teníamos entonces más de veinte años y jamás habíamos disparado arma de fuego ni esgrimido la espada. No decimos el sable porque pudiera desmentirnos algún acreedor irascible. En tales condiciones y estando ya muy avanzado el otoño, fuimos al terreno del honor—por lo general abonado con todas las inmundicias—que en nuestro caso no era otro que el de Puerta de Hierro. Habíamos de batirnos con un camarada fraternal, quisquilloso y valentón, muy dado a libros de caballería. Era preciso, según rezaba el acta, que se diera en camiseta y heír o dejarse mechar para que tuviera solución una pequeña disputa sobre cuestiones de arte.

Se concertó el duelo a las doce de la noche y a las seis ya estábamos en el lugar del encuentro. Nuestro adversario, más seguro de sus aptitudes de esgrimidor, no se creyó obligado a ningún preparativo y se pasó la madrugada bebiendo aguardiente. Nosotros, en calidad de víctimas propiciatorias, anduvimos de la Ceca a la Meca en busca de un botiquín y de un doctor amigo. Por rubor no buscamos también una camilla de la Cruz Roja. Tuvimos la coquetería de afeitarnos pulcramente, de perfumarnos, como si se tratara de una cita galante, y de ponernos nuestras mejores ropas. Pensábamos que la muerte nos sería más amable si la recibíamos como a novia en vez de como a suegra.

De nuestro estado espiritual sólo conservamos un vago recuerdo. Lo que no se nos olvidará nunca es que la excitación nerviosa fué en detrimento de la vejeja y que nunca como entonces advertimos la escasez de magníficos públicos. Había en nosotros la preocupación de presentarnos serenos, sonrientes, sin dar importancia a Sevilla ni al Guadalupe. En el fondo de nuestro ánimo, habíamos, empero, el vivo afán de salir lo antes posible de aquel trance lamentable. Pero supimos apartar el alma y la vista de la operación de desinfectar los aceros como la presidencia Cospedal al disponerse a zajar un tumor. ¡Hasta nos permitimos hacer chistes! Por algo se ha dicho que el vapor es el disimulo del miedo.

Apenas oímos las tres palmadas de rúbrica, nos lanzamos contra nuestro fraternal amigo como si lleváramos cien tigres en el corazón. Los sables más parecían cuchillos de cocina, pero nosotros esgrimíamos el nuestro cual si se tratara de una tizona toledana de acero bien templado. ¡Chás, chás! Aquello resultaba muy divertido. Diríase que era una estaca lo que estaba en nuestras manos. Nuestro adversario reculaba. Sin duda no nos creyó capaces de ser tan brutos. Seguramente, a pesar de sus aptitudes de esgrimidor, estaba en aquellos instantes atrepietado de haber provocado el lance.

Su descomunal nariz era el blanco de nuestras intenciones y a ella dirigíamos los golpes ciegos de bravura.

Al fin, dióse el alto. Fué preciso que nos sujetaran los brazos para que supiésemos que había que parar. Nuestras dos manos chorreaban sangre, pero la descomunal nariz del fraternal amigo era un Misjipi sangriento. Nos curaron, y luego se propuso la reconciliación. Mientras abrazábamos a nuestro fraternal camarada, le dijimos: «¿Te hemos vencido de que es un majadero? ¿Qué hemos logrado con esta ridícula pantomima? Y nuestro camarada, que era un filósofo, reaccionante, nos respondió con indiferencia, aprovechando una coyuntura en que los padrinos se habían alejado: «Por lo pronto, nos hemos ahorrado un juicio de faltas. Y nos hemos ganado un espléndido almuerzo y el postin de que los periódicos publiquen nuestros nombres como si se tratara de dos héroes gloriosos».

Todo lo narrado viene a cuento de la conferencia dada ayer por el tarón de San Mateo, formidable campeón de esgrima. De haber tenido voz, habríamos referido nuestro duelo para que el público dedujese la moral y ya que no pudimos hacerlo ante el selecto auditorio del Palace Hotel, vaygan estas líneas. A nuestro juicio, la única ventaja del duelo es la de ahorrarse el juicio de faltas por escandaloso en la vía pública, sin que entre para nada en nuestro criterio el lavatorio de ofensas ni zarandajas honorables. En este punto—contra lo que opinaron los escribanos y secretarios de juzgados—somos entusiastas de la esgrima. Porque además del ejercicio gimnástico, en fuerza de esgrimir el sable puede llegar un día en que se viva de sin las odiosas molestias del trabajo honrado.

Eduardo ANDICOBERRY.

18 de Agosto de 1918.

Juventud de Unión Republicana (Cerrajeros, 21, pral.)

Se convoca a junta general extraordinaria, con carácter urgente, para hoy martes, a las 9,30 de la noche, para tratar un asunto de interés que afecta en general al partido.

Al mismo tiempo se encarece la asistencia de los jóvenes pertenecientes al partido de Unión Republicana de todos los distritos, para que presencien las deliberaciones de esta Juventud.—La directiva.

El idioma español

DISCURSO pronunciado por el concejal y diputado por Barcelona, D. Hermenegildo Giner de los Ríos, jefe de la minoría republicana radical (compuesta de veintitún regidores), tomado taquígraficamente en la sesión celebrada por el Consistorio el día 22 de Febrero de 1916

(Conclusión)

¿Acaso el castellano es sólo de Castilla? ¿Y jaunque lo fuera! Pero no, lo ha formado toda España. Si fué originariamente una derivación del bable, y el «Mio Cid» dió la cimentación, lo cierto es que a la formación del castellano han contribuido, no sólo todos los dialectos que se hablan en España, sino América misma, toda la América latina: basta recordar lo que debemos a los Bellos y a los Cuervos! y los miles de «americanismos» en el castellano (más de nueve mil), y hasta en la capital, y cada día más; ¿no se ve el influjo del catalán aun en el lenguaje madrileño a veces? Si, que hay estos provincialismos. El castellano lo han formado todos los dialectos que se hablan en la Península Ibérica. Sería lo mismo que hablar del galego con respecto al portugués. ¿Qué ha sido el portugués sino el desenvolvimiento del galego? Lo dice Teófilo Braga en su «Historia de la Literatura lusitana»; lo afirma Besada en su «Historia de la Literatura gallega»; lo insinúa vuestro Millá y Fontanals al hablar de los trovadores.

No es hacerle descender de categoría llamándolo lengua ó dialecto. No. Por la consideración que se merece no regatea lo más mínimo el afecto y el respeto hacia el catalán por lo uno ó por lo otro.

Pero ha hablado su señoría con manifiesta injusticia, creyendo que el catalán es motivo de desprecio, de frases despectivas, y hasta de persecución, ha dicho su señoría. No: no es motivo de nada de esto, como que todos los castellanos—llamémoslos así, ya que así nos llamáis vosotros—, todos admiramos la poesía en los versos catalanes de Maragall; pero no ovide su señoría que Maragall su prosa espléndida la escribió en castellano, y si no hizo un solo verso castellano (según le oí decir a él mismo) yo no sé si escribió mucha prosa en catalán; lo que sé es que por lo que pasará a la Historia, por sus poesías catalanas, si, pero también es por sus magníficos trabajos en castellano, ¡tenos asimismo de poesía. No digamos nada de Mané y Flaquer y de toda la pléyade a que se ha referido ya su señoría. Pi y Margall me dijo que sólo lo había usado una vez e catalán, cuando vino para presidir los Juegos Florales. «Lo hablo familiarmente—decía—, pero para tratarlo oficial o públicamente, no lo sé. Hasta me cuesta mucho trabajo entender a mosén Cinto».

¿Cómo hemos de tener ese desdén por cosas tan altas y tan dignas, cuando se recuerda esa «Atlántida» de Verdaguier, a que se refería don Francisco Pi?

Lo que hay es que representamos una cosa distinta de la vuestra, y la hemos de mantener a todo trance.

El espíritu del Partido Radical, por su historia (su señoría hizo historia antes, permítame que yo también la haga), desde el primer momento fué un partido popular españolista en Cataluña. Eso mismo sigue siendo en el día. Claro que, como desde que nació hasta hoy, se ha comprometido con todas las manifestaciones de la vida catalana; como tiene aquí su principal raíz y su asiento principal; como ésta es la «casa patral» de los radicales de toda España, cada día, en la evolución natural que tienen los partidos (los partidos son como los organismos naturales: no es un descubrimiento), en esa evolución, digo, ha ido pliegándose más y menos a las tendencias y al medio ambiente. Pero como representa algo que no es catalán ni siquiera español, sino inercial; como trasunto de las masas que no son nacionalistas ni catalanas, sino que son humanas; como significa lo mundial, no se preocupa de la lengua: lo mismo le importa el catalán que el castellano. Lo que le importa son las reivindicaciones de todo aquello que necesita en la vida; algo que cambie toda la estructura de la sociedad; algo que sea un espíritu nuevo; y tanto le supone que se emplee el catalán como el castellano, como tal que se le hablé al corazón, habiéndole de su suerte futura; pero prefiere hablar y entender el lenguaje más universal posible.

La presidencia: Señor Giner, no quiero interrumpirle. Para cumplir el precepto reglamentario podríamos hacer la pregunta de si se proroga la sesión para este asunto y el despacho del orden del día que no ofrezca discusión.—Lo acuerda así el Consistorio?—Acordado.

El señor Giner de los Ríos: Yo siento, señores concejales, ocupar tanto tiempo vuestra atención.

La presidencia: El Consistorio ha oído con mucho gusto la brillante peroración de señor Bofill y ahora escucha con el mismo gusto al señor Giner de los Ríos. Puede dar a su discurso la extensión que guste, en la seguridad de que le escuchará con detención el Consistorio.

El señor Giner de los Ríos: Muchas gracias. Nosotros, por nuestras aspiraciones, cuando el Gobierno central pensó daros por decreto la Mancomunidad, nos opusimos a ello. Creímos que no hacía bien; pero no es a vosotros a quien hay que culpar de esta agitación; no; los responsables de la equivocación, del mal fincinto acordado que vosotros habéis emprendido en vuestras campañas, son aquellos señores de «allá dalt». Ellos son los responsables que, fajtando a los respetos del Parlamento y no teniendo más que una voluntad en una Cámara, por decreto os dieron la constitución de la Mancomunidad; ellos, los que torpemente prohibieron que se enseñara el Catecismo en catalán en las escuelas, para después tolerar, no ya el Catecismo, sino todas las enseñanzas en ca-

talán; ellos, los que ahora por decreto van a dar lo que tal vez no debiera establecerse sino por ley; ellos, los que de error en error no hacen más que soliviantar vuestras pasiones, para teneros luego miedo, como os tienen, cobardemente, la mayor parte de las veces, creyendo que vosotros sois la representación de toda Cataluña, que aunque no lo sois, ellos en su miopía lo creen y lo temen. Vosotros sois una parte, tan respetable como se quiera, tan alta y aristocrática como queráis, tan rica e ilustre como pretendáis; pero no pueden tener ellos derecho a olvidar a los más, ó a la otra parte, aunque no fueran los más, aunque sean los menos, a esa otra parte, desdeñarla, por complacerse a vosotros. Por eso yo no tengo contra vosotros ni el más mínimo resquemor de odio; porque defendéis vuestras ideas valientemente, hasta temerariamente, como se les debe defender, con la vehemencia y el entusiasmo de la devoción, de una religión que habéis hecho vosotros de vuestras aspiraciones y hacéis cuanto podéis para implantarlas.

No os acuso. A quien acuso es a aquellos que de inepticia en inepticia van equivocándose día por día en todo lo que es la política que a esta región debiera darse y atenderse, para solucionar sus intereses económicos, sus intereses espirituales, los intereses todos, armónicos con el interés de España entera, que es en el fondo lo que debe prevalecer. Todo esto, lo decía yo antes, tiene una importancia mayor de la que parece. ¡Ya lo creo! Vosotros habéis sido una Solidaridad; nosotros, no se haga la ilusión su señoría de que pudiera compartir con su señoría su idea; nosotros, que fuimos «antiojidos», no podemos entrar en esta Solidaridad nueva. Y esto es una duda alguna una nueva amalgama con un nuevo matiz, con una modalidad distinta de aquella otra; pero, en el fondo, la esencia es la misma.

Y de igual modo que fuimos nosotros los únicos que nos opusimos a aquella avancha, que sois combativos contra todos vosotros, y sois perdidos, pero jide qué manera!, teniendo en la derrota todos los honores de un triunfo; de idéntica suerte que entonces fuimos vuestros contradictones, lo somos ahora, y seguiremos siendo vuestros enemigos. Primero, por la orientación que vosotros representáis opuesta a la nuestra; segundo, por el conglomerado de gente de diversas procedencias y de ideas diferentes que os sentáis ahí; no otros no podemos ir en una solidaridad con gentes de la extrema derecha y carlistas; con un grupo liberal ó pseudo-liberal, con un grupo independiente de Defensa Social, ó conservadores, ó sueltos, pero que constituyen una Solidaridad moderna y una nueva orientación opuesta, contraria, contradictoria a la nuestra. No. Nosotros, todos republicanos, tenemos un denominador común, que va escrito en nuestra bandera: democracia. Nosotros, además, el grupo radical y antisolidario, mantenemos también con empeño la bandera enhiesta en contra de vosotros y de esta Solidaridad reciente que tantos daños puede causar a la patria.

¿Cuáles van a ser las consecuencias? Su señoría, hábilmente, como no haciendo más que un recuerdo a la Historia (su señoría, que es un sutil expositor, es también un sagaz ironista y además un astuto defensor de las causas, sabiendo preestimar como si en el fondo no tuviesen cosas ardientes y peligrosas capaces de desorganizar por completo el orden fundamental estado), su señoría no ha sabido ocultar que esto es un problema, relativo a que estáis pensando en la liquidación de la guerra. No han sido estas sus palabras; ¡si hubiesen sido estas, hubieran sido claras y ditanas; pero ésta es la traducción que yo le doy a lo mal vejado, a lo disimulado con poca cautela. Si. Vosotros aspiráis a eso y predecís que en el oportuno momento se os escuche, a la hora de la paz. Ese instante pensáis que está próximo, y que es preciso que se oiga a Cataluña como una nueva unidad, como una nueva personalidad en el porvenir. Y de igual manera que se va a hacer la Nueva Polonia, que todo el mundo piensa en hacer resurgir una nacionalidad muerta, ¿por qué no ha de resucitar Cataluña, ó con el conde de Barcelona ó con un monarca independiente, con una República enteramente autónoma? No; esto último no lo pensáis vosotros; República, no.

Si es verdad: ¿quién duda que sois traviesos? Si no fuéis perspicaces y talentosos, ¿tendríais detrás la fuerza enorme que supone el capital, los intereses conservadores—intereses creados—, la Iglesia, el apoyo de los bancos, los innumerables elementos con que contáis? No. Sois muy diestros; por eso os sigue mucha gente; no votos, no hombres, no legiones de soldados, que son las fuerzas que a nosotros nos siguen, sino ese Estado Mayor pélorico de riquezas y de condiciones acérrimas para poder gobernar.

Y asustadamente decís vosotros, y creo que este es el plan, este vuestro pensamiento, que se puede traducir así: a la hora de la paz, los aliados lo que quieren es suprimir el peligro de las grandes nacionalidades, porque son las grandes amenazas para lo futuro. El son las grandes amenazas, el de su política, está en la creación o el re-urgimiento ó hasta en la invención de nuevas nacionalidades, de un nuevo Estado, de nuevas potencias, pero nuevas, que no inspiren cuidado, que sean Flandes en Bélgica, que sean Holanda, ó algo así, que no inspiren recelo, porque no han de tener grandes medios de ataque para que vuelvan a perturbar la paz pública en el mundo. Y como es la política de los aliados (de los ingleses

